



JAVIER SICILIA



Indicios de la presencia desierta





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA

Enrique Graue Wiechers
Rector

Rosa Beltrán Álvarez
Coordinadora de Difusión Cultural

Myrna Ortega Morales
Secretaria de Extensión y Proyectos Digitales

Sonia Ramírez Saldívar
Voz Viva



Ilustración de portada: Ángel Octavio Solís Mendoza “Asfalto”
VV - 148

Primera edición: 20 de junio de 2023

DR © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, C.P. 04510,
Ciudad de México.

ISBN 978-607-30-7810-8

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad
Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.
Impreso y hecho en México.

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información
Nombres: Sicilia, Javier, 1956- , autor. | Prieto, Francisco.

Título: Indicios de la presencia desierta / Javier Sicilia ; presentación Francisco Prieto.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2023. | Serie: Voz Viva de México ; VV-148.

Identificadores: MULTIMEDIA 21163 | ISBN 978-607-30-7810-8.

Clasificación: LCC. PQ7298.29.I34.I53 2023 | DDC 861.64—dc23



JAVIER SICILIA



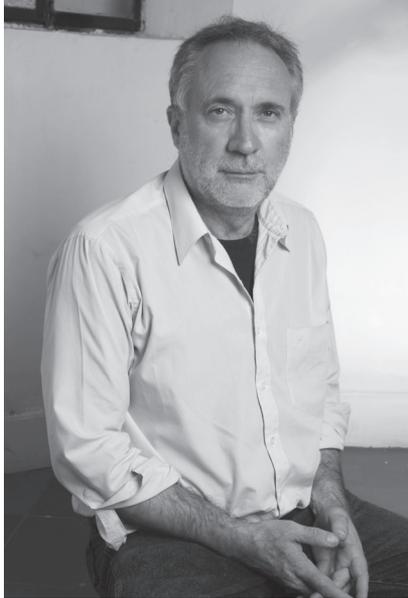
Indicios de la presencia desierta

Presentación
Francisco Prieto



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México 2023



Fotografía de Isolda Osorio.



Javier Sicilia

Escritor, poeta, periodista y activista social. Nació en la Ciudad de México en 1956. Ha sido colaborador de publicaciones de circulación nacional como *La Jornada* y *Proceso*. Fue jefe de redacción de la revista *Poesía* y miembro del consejo de redacción de *Los Universitarios* y *Cartapacios*. Asimismo, fue fundador y se desempeñó como director de la revista de cultura católica *Ixtus* y, actualmente, lo es de *Conspiratio*. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores Artísticos desde 1995. Entre otros títulos, es autor de las novelas *El Bautista*, *El reflejo de lo oscuro*, *A través del silencio*, *La confesión*; de los libros de ensayo *Cariátide a destiempo y otros escombros* y *Poesía y espíritu*; además de los poemarios *Permanencia en los puertos*, *Oro*, *Trinidad*, *Vigilias*, *Resurrección*, *Pascua* y *Tríptico del Desierto*, por el que obtuvo el Premio de Poesía Aguascalientes 2009.





CONTENIDO

PRESENTACIÓN

Francisco Prieto 11

Tríptico del Desierto, 2009

1. El cetáceo (02:28 min.) 20

Vigilias, 1994

2. La Anunciación (01:02 min.) 25

Tríptico del Desierto, 2009

3. Tercera Anunciación (01:42 min.) 28

Vigilias, 1994

4. Las bodas místicas (04:34 min.) 32



Tríptico del Desierto, 2009

5. Gozo (04:16 min.) 39

Lectio, 2004

6. Lucas 24, 5 (04:47 min.) 46

7. Juan 21, 7 o los clavadistas (05:07 min.) 52

8. Apocalipsis 1, 12 (04:32 min.) 57

Vestigios, 2013

9. Época (02:04 min.) 63

Tríptico del Desierto, 2009

10. La estría en el yermo (03:53 min.) 68

11. Dolor (03:12 min.) 73



Vestigios, 2013

12. Ya no hay más que decir (00:30 min.) 78

El Bautista, 1995

13. El Bautista. I-IV (21:58 min.) 80

El deshabitado, 2016

14. El abismo 1. 21:19 95





PRESENTACIÓN
Francisco Prieto*

En su poema “El otro”, Javier Sicilia dice:

¿Quién puede retenerlo,
Conservar la presencia en los rasgos amados
Que regresa y se va para volver de nuevo
Como el aroma lado de la rosa?
¿Quién podría quedarse en ese tú del nosotros
Que otra vez se diluye en el terror impersonal del él,
En el inmenso espacio marcado por lo oscuro?

* Francisco Prieto (Cuba, 1942) vive en México desde 1957, es escritor y periodista. Ha publicado libros de comunicación; de teatro como *Shakespeare y yo*, *La expiación* y *Salomé o el amor de Dios*, y narrativa como *Ruedo de incautos*, *La francesa del Café de Tacuba*, *Taller de marionetas* y *Deseo*. Ha sido coguionista y conductor de radio, y escribió crónica taurina para el diario *Reforma*.



Y, sin embargo, sólo ahí habitamos al dios,
Sólo ahí su misterium tremendum nos acoge,
Sólo ahí al velarse se revela
Como si su caricia en los rasgos amados
Hubiese sido hecha de la misma materia que la nuestra
Y en ella se nos diera
Lo que de él nos viene y pertenece.

Estos versos finales de uno de los poemas que componen el libro *Tríptico del Desierto*, obra a la que fue concedido el premio nacional de poesía Aguascalientes 2009, nos hace presente que Sicilia, como los autores mayores, es siempre el mismo y otro. Cada nueva novela como cada nuevo poema es un ahondamiento que enriquece una experiencia poética unitaria. Basta leer un poema o una página de novela tomados al azar para darnos cuenta de inmediato que estamos en el territorio Sicilia. La otredad en la trinidad –yo, tú, él–, la comunidad que apela a la trascendencia, el misterio de la presencia desierta: el ser que se revela al velarse, el reflejo



de lo oscuro o el deslumbramiento que brota de la oscuridad; el terror impersonal del él que se torna en esa caricia que nos calienta y reconforta en los rasgos amados que vuelven el él terrible en el Tú del diálogo que nos alimenta y sustenta...¡Ese tú del nosotros! La presencia que regresa y se va para volver de nuevo, como el aroma alado de la rosa, es como el silencio del poeta que sucede a la palabra, la recuperación triunfante del verbo que se desvanece en el silencio anhelante. Palabra y silencio que dan sentido al tiempo vivido. Poesía mística que hermana en una misma raíz a las grandes almas de Oriente y Occidente en la oración contemplativa que revela y consagra los trascendentales del ser fuera de los cuales no habrá salvación. Si lo que no está unido desde un principio no lo estará jamás, la comunión de bien y verdad revela la belleza como el resplandor del ser e instaura la paz esencial desde la que se fragua el combate ante la irrupción inevitable del mal. El mal se vuelve así la contraparte que acompaña a la criatura humana y al mundo en la agonía que se resuelve en el poema. Y, en efecto, sólo en el espacio marcado por lo oscuro sólo ahí, nos dice Sicilia, habitamos al dios.



En la novela *El deshabitado*, de la que Javier Sicilia nos lee en esta antología un fragmento desgarrador y vivificante, el narrador busca la vida en medio de la muerte acaso porque en la oscura raíz del ser ya la había encontrado.

En el silencio está el principio
Y en la palabra el fin y viceversa:
Así el silencio se mueve en lo oscuro
Y oscuro es el dios,
Oscura su presencia,
Oscura su palabra contenida que aletea en lo oscuro,
Donde el vacío se abre de repente
Como un grito de amor en la faz del abismo,
Como un hueco en la nada,
Un suave retraerse del dios y de lo oscuro
En el desatamiento del silencio.



Hay algo profundamente misterioso que acompaña a los poetas mayores y que los signa como profetas dolorosos, videntes a su pesar. Los que han leído *El deshabitado* serán sacudidos por un temblor interior al leer –o releer– el poema “Pascua” republicado por el Fondo de Cultura Económica en el volumen *La presencia desierta*, poesía de Javier Sicilia que va de 1984 a 2004 y que antecede a la tragedia del 2011:

No comprendo la muerte,
Esta súbita ausencia que nos deja
Mirando un cuerpo inerte,
Un cuerpo que se aleja
Y ya no dice más que la oscura queja
Del vacío, la sombra
De ese alguien al que amamos y ha dejado
de estar y ya no nombra
Sino su desolado
Hueco donde el silencio ha quedado



Y se pudre la risa.
No comprendo la muerte y, sin embargo,
Ha vuelto, llega aprisa
Como un terrible embargo
De dios a nuestra vida, como amargo
Destino a nuestras puertas,
Como un odio maldito.

Y el poeta resiente, padece, la muerte de su padre y de Jesús el Cristo, y del poeta Brodsky, y de Pound y de Celan y de Santa Teresa y de Juan. Y nosotros, lectores, vivimos nuestras muertes y hacemos presente la nuestra. Porque hay golpes en la vida tan fuertes como el odio de Dios, el poeta Sicilia como el poeta Vallejo, busca, sin embargo, la vida en medio de la muerte:



Tus promesas en el misterio oscuro de la
Fe y en el ser que contiene nuestra carne.
Porque Tú eres el Camino, la Verdad y la Vida.
Porque Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria
Y la Resurrección que habito y nos habita.

Misterio de esa presencia desierta que inclina las frentes hacia el suelo y que como aquel personaje de Bernanos en el encuentro prodigioso de desesperación y de esperanza, exclama que todo es Gracia. El misterio insondable de la Gracia. Así, asistimos en la novela *El Bautista* a la lucha feroz que tiene lugar en Juan entre la razón que entabla una resistencia a ultranza contra la promesa intuida y la oscura certidumbre de su alma de haber sido elegida.

Aquella mañana Juan partió al desierto. Hacía meses que el Espíritu de Dios lo empujaba hacia ahí. Pero Juan se había resistido con todo su corazón, con toda su alma y con toda su mente.



En su poesía y en su novelística –que es también poesía– Javier Sicilia nos hace vivir aquello que está en el núcleo del pensamiento de Agustín de Hipona: “En el interior del hombre habita la Verdad”. Cuando el ser humano, cualquier ser humano, atiende a las voces del silencio tiene un llamado, ése que lo hermana y lo hace prójimo del otro, de los otros, y lo conduce a entrar por la puerta estrecha. Como escribió Camus, tan entrañable para Sicilia, “he tenido siempre la impresión de vivir en alta mar, amenazado, en el corazón de una dicha real”.

Escuchar y leer estos textos que nos presenta VOZ VIVA DE MÉXICO es un viaje al interior tuyo y mío; es encontrar la luz que sólo toca a quienes se han atrevido a entrar por la puerta estrecha y dejarse envolver en la noche oscura del alma.

Del libro
TRÍPTICO DEL DESIERTO
2009



El cetáceo

Ars Poetica

En el helado mar de fondo sü ojo me contempla
más terrible que el ojo del arcángel incrustado en sus alas,
más frío me contempla,
sin párpados me acecha
de tarde, de mañana,
me acecha al mediodía,
cada noche

en el oscuro mar de fondo.

No sé qué o quién es
—he mirado su lomo
insinuarse en las sombras
como helada montaña



al fondo de lo helado,
pero no sé quién es—;
una ballena acaso,
el terrible Yahvé
tras su velo nocturno,
el dios incognoscible
revelado en el signo atroz de la belleza.

Pero sé que me mira.

A veces, cuando miro sü ojo
los abismos emergen de su nada
y su horrible belleza me es una destrucción impronunciable
como su oscuro cuerpo que se mueve en las aguas.

Cuando a veces me otorga la gracia de aceptar su vacío
en sus cristales palpitan las cimas y los ríos,



resplandecen las sombras,
la desnudez se inclina
y contemplo dos pechos de mujer
cubiertos por un velo
—oh exacto paraíso—.

Y me dejo llevar sin saber bien adónde
por el helado mar de fondo
donde a veces en sü ojo
—como si en él vivieran
extraños espejismos—
los paisajes perdidos
volvieran a la vida.

Él bebe de mi sed,
la reparte y la bebe de mañana, de tarde, al mediodía
me bebe de sü ojo



más terrible que el ojo del arcángel,
más frío y misterioso
que el secreto del fuego en la ojiva del día
me contempla y me acecha,
me procura el espanto,
me insinúa la dicha y el sabor de lo Abierto.

Del libro
VIGILIAS
1994



La Anunciación

(A la manera de W.B Yeats)

A Ricardo Newman

Fue el rumor de unas alas en la niebla
y el dolor del dolor que devoraba
mis ingles, mis entrañas y escaldaba
tal el fuego en el yermo y la tiniebla;
desnuda y virginal me hallé vacía,
mi pequeñez se hizo ardiente grava,
me abandoné a su mando, fui su esclava
y en medio del dolor y la agonía
magnifiqué de gozo, devastada.



Después ya nada supe, ya más nada,
sólo el rumor del viento entre las cañas,
la habitación a oscuras, un no sé,
y el miedo de los miedos, saber que
llevaría a mi Dios en las entrañas.

Del libro
TRÍPTICO DEL DESIERTO
2009



Tercera Anunciación

Recordando en ti las "Primeras citas"

A la memoria de Arseni Tarkovski

A pesar de las sombras
del trasquilado tiempo
el instante en que tú y yo estamos juntos
es una anunciación

el mundo se pasmaba
y tú y yo entrelazados íbamos
por los misterios de la noche
apartando los velos
hacia adentro

crecíamos
con un vértigo de alas



—como el día en que el ángel
se encendió en su oído
consagrando lo Abierto—
y el alba me envolvía de ti
convocado en tu carne

al llegar el silencio
tu desnudez ardió en el reposo
y en tu vientre los mundos se rehicieron
mientras la audacia ascendía a mis labios
“Dios te salve”
ahí me conducías transfigurando todo

hasta las cosas simples
recobraban sus nombres
cuando en tus labios la palabra tú
me revelaba y hacía el paraíso



en el instante en el que tú y yo estamos juntos
y entrelazados vamos
como seres celestes
habitados de suelo

mientras afuera el mundo anda en tinieblas
y el tiempo nos trasquila inútilmente.

Del libro
VIGILIAS
1994



Las bodas místicas

A Alberto Blanco y José Luis Rivas

Habla Jesús

No te vayas, tu ausencia me lastima;
hay tantas cosas no tocadas
que un instante en tus brazos bastaría
para colmar el mundo y lo diverso.
No te vayas, está oscura la noche
y aunque todo se pierde en la tiniebla
te acecha una secreta maravilla:
mi amor, esa otra sombra, ese otro mar
que apacigua el deseo. No te vayas,
desde mi eternidad ya te aguardaba,
desde esa eternidad por la que fuiste;



Dios me ha dado este instante en los instantes
para que por mi cuerpo el Padre sienta
que en mi lecho volviste al paraíso.

Habla María Magdalena

*Tengo miedo, Señor, estoy temblando;
jamás pensé encontrarme tan amada.
Si entré fue por sentir tu compañía
y aliviarme en secreto con tus ojos.
Déjame ir, Señor, no pidas tanto.
No ves que soy indigna de tu cuerpo,
que el mar no toca el cielo y se contenta
con dibujar su forma entre sus aguas.
Déjame ir, no quieras retenerme,
no insistas otra vez, me da vergüenza*



*saber por un momento que fui tuya:
me ha bastado sentirte en la distancia,
besar tus vestiduras a hurtadillas
para saber que he vuelto al Paraíso.*

Habla Jesús

No te vayas, María, no me dejes.
Lo que tomas de mí es poca cosa:
no se descifra el día con mirarlo
ni se sacia el deseo en la distancia.
Quédate, amor, y deja que tu cuerpo
se apacigüe en mis labios como el día
apacigua su ardor en la blancura;
la noche se ha cernido entre nosotros
y todo se diluye y todo es polvo



junto a la desnudez que nos aguarda.
Quédate aquí en mi lecho, no te vayas,
que nuestro abrazo sea como antes,
que en tu blancura el mundo se redima
y el Reino por tus besos vuelva a hacerse.

Habla María Magdalena

*Perdóname, Señor, no me sabía
tan blanca ni tan bella; tengo sucios
los labios de saciar otros deseos
y mis ingles manidas y llagadas;
perdóname, mi amor, no comprendía
de tanto avergonzarme ante tu cuerpo
que en tu lecho se cifra toda carne
y se redime el mundo con tus besos.*



*No tengo ya vergüenza que oponerte
ni velo ni vestido ni sandalias;
sólo un vasto deseo me domina,
una pasión oculta que me impulsa
a perderme en la sima de tu lecho
y aliviarme desnuda entre tu Reino.*

*Hoy conozco delicias más profundas
que el dolor; si es mi cuerpo lo que siento
o el tuyo, no lo sé. No sé si es gozo
o dolor lo que corre por mis labios;
hoy conozco delicias más profundas
que el temor. Tu caricia es un gran viento
que sacude mi piel y me extravía.
Tus labios un tañido de salterio
donde encuentro el olvido de mí misma;
hoy conozco delicias más profundas*



*que el amor: si tu cuerpo no es el Reino
no sabría, mi amor, que son los cielos
ni el sueño donde todo al fin confluye
ni la alta desnudez del paraíso.*

Del libro
TRÍPTICO DEL DESIERTO
2009



Gozo

I

Oscurecimos todo

para poder mirar la luz de donde vino oscurecimos todo

no dejamos un rastro en casa de Yahvé

ni siquiera una huella

sino noche en la noche oscurecimos todo

humillamos el río de la carne y su memoria

hasta volverlo noche de la noche en el silencio oscurecimos todo

licuamos cada parte de la sombra

cada uva de niebla

cada mosto de bruma oscurecimos todo hasta hacerlo indoloro

fingimos que era luz abrasados de sueños enlazados nos miramos la noche

tras los ojos

oscurecimos todo y al final el cirio de la luz el cirio de la carne contemplamos

ennegrecido del tiempo incontenible



fruto de su decir vuelto llama
que lleva en él la cicatriz del tiempo
el Edén la manzana los fósiles las eras
el tiempo y sus misterios gravados en la carne donde un día empezamos
lo contemplamos todo al final de la noche
lo miramos idéntico a lo que siempre ha sido
una carne finita contemplamos
en su pequeño gozo
en su instante de ser hecho carne
que no desdeña nada
y no busca el futuro ni una medida más a su estatura contemplamos
cuando el último suelo devastado en la noche
fue el último lugar de la partida
y la creación y el fuego fueron uno en su diversidad sin fin
lo contemplamos todo al final de la noche.



II

Al fondo de la casa
en la luz que reposa en los armarios
el silencio relumbra
sobre los blancos pisos

vacío en el perchero
el traje del amado
duerme el sueño de la carne

el cirio está encendido

tras la ventana abierta
encima de los techos
las bóvedas se ahuecan
los firmamentos bogan



y el viento sopla leve
agitando la prenda.

III

Y tras la turbación conversamos tú y yo en el jardín
el día de la Ascensión

el Tú nos contemplaba tras los ojos al otro lado del templo
tu boca hablaba de Él
y tus ojos reían el día de la Ascensión

un viento apartó suave tus cabellos
y el Tú nos contempló tras la mirada
el día de la Ascensión
nos tocaba en los ojos
en el uno y el otro nos amaba
nos decía el misterio por los labios



y ascendimos
como el fuego en el viento
como un rezo en la bóveda del templo
ascendimos
el día de la Ascensión.

V
En las urnas de arena
desnudo en la mañana
desnudo por la noche
habita el cuerpo de la Resurrección

bóvedas de cielo y suelo de tierra
el tiempo fluye en la creciente
ya cicatrizado



la noche descorre sus velos,
el cosmos continúa
los vestidos caen

y los miembros a salvo en sus urnas de arena
aguardan como puntos luminosos en medio de la arena.

Del libro
LECTIO
2004



Lucas 24, 5

Para mi hija Estefanía

Como en Pascua, cuando la luz se apaga en medio de la iglesia
y nos quedamos a oscuras escuchando el silbo del rezo
como un rumor de alas,
sin comprender nada,
ya no buscamos.

Hemos dejado de perseguir al Ángel en los pasadizos del sueño
y el fuego de Dios en el misterio de lo oscuro,
como si los ángeles del Señor
en la nocturna noche
hubiesen secado nuestra lengua,
enmudecido nuestros labios
ya no buscamos
ni un más allá percibimos:



crestas de un génesis secreto
parajes horadados de fuego
espejos de luz cuya belleza fluye en torrentes y se recoge en ellos,
únicos, exactos en su fugaz presencia.

¿Será, tal vez, que el más allá se diluye en torno nuestro
y lo entrevisto en lo eterno se desvanece sin poder retenerlo y nosotros en él?
¿será, tal vez, que lo que de eternidad nos pertenece se aparta de nosotras
como el aroma de la sopa caliente
y lo que imaginamos con deslumbrantes imágenes tiene sólo nuestro sabor?

Y hemos creído entonces
en ninguna jerarquía angélica
ni derrumbamiento de almas en el *seol* de la noche
ni luz oscura y abisal de fuego
ni manto de pedrería sobre trono de jaspe
ni ciudad de oro puro,



sino este simple estar aquí y ahora,
esta tenue vestidura que es el mundo
como un suave aliento sobre nuestras espaldas
desbordándonos
como el rumor del rezo en la Pascua a oscuras,
como un dejo del Padre,
sus rasgos confundidos con los nuestros.

¿Es que acaso su reino,
lo que emana de sí para nosotras,
tiene sólo el aroma de las cosas concretas?
¿o ese algo que vislumbramos en ellas
guarda una profundidad tan abisal como la finitud que las contiene?
¿acaso estamos confundidas en los rasgos del Padre
como la vaguedad y el estupor en los ojos del crucificado?



Porque desde entonces, la ropa que se seca desnuda en los alambres,
los torsos de las niñas sobre sus bicicletas,
una voz que nos acoge y nos despidе:
“buenos días; buenas noches”,
una suave caricia,
un rubor de mejillas,
el sabor de la tumba vacía en el recuerdo
nos bastan para ver el misterio.
A veces acontece que nuestras manos
al tocar la materia
nos hace sentir lo eterno,
tal si allí persistiera la caricia que una vez obtuvimos
y viviéramos en la pura duración.

A veces, las miradas de los enamorados,
ese destello, consumido de asombro, que parece decir: “No más”,
ese precipitarse en el éxtasis de sus pieles



para dejar de ser por un instante,
nos hace sentir la turbación del abismo,
el estupor ante el vacío
del que emanan las formas que nos arrebatan.

A veces una simple compañía
hallada en el azar de un Emaús,
una palabra dicha,
un gesto, una mañana
nos bastan para saber
que nunca hubo nada
ni camino hacia adentro
o camino hacia afuera
ni oscuro pasadizo
ni secreta frontera,
sino esta realidad que pende del vacío
y misteriosamente nos posee,



incomprensible, amantísima,
inocente en su pura presencia
como un rumor de alas en el incendio de la noche.



Juan 21, 7 o los clavadistas

*Para mi hijo Juan Francisco
y Edgar Rubio*

¿Has visto a los clavadistas en “La Quebrada”?
Suben el risco ansioso de alcanzar la cima
para luego mirar hacia el abismo
donde el mar es un dios oscuro e indomable,
una incógnita repetida como un bramido contra las rocas.

¿Qué buscan levantados y tensos como un arco presto a lanzar el arpón de sus
morenos torsos?
¿Para quién, por el amor de quién se precipitan una y otra vez en el vacío?
Una misteriosa voluntad nunca satisfecha los eleva y los vuelve a lanzar
a través del aire en el océano sin tiempo,
en esa herida abierta en el flanco de las rocas
como si el cosmos hubiera desgarrado ahí la materialidad de la tierra



y, apenas zambullidos, vuelven a salir, Sísifos del agua, a la superficie para
emprender de nuevo el camino,
mientras a sus espaldas, temerosos del dios, las falsas flores de las
marquesinas,
los gritos del “trance”,
las torres de los hoteles,
esa Babel del consuelo que Baal erigió junto a las playas,
acallan la pregunta del mar,
la voz del dios que continúa su bramido en las profundidades del risco.

Sólo los espectadores,
unos cuantos, salidos del círculo infernal,
sobre las terrazas y las escaleras contemplamos el rito
como si en los clavadistas lo real recuperara su signo,
como si en ellos,
en la forma en que levantan los brazos,
inclinan el torso y se lanzan al vacío



se materializara la experiencia de nuestras propias vidas
y expectantes aguardáramos una respuesta al misterio,
y yo me pregunto, en medio del tumulto,
¿si en cada clavado rememoran a Pedro
o acaso piensan en él cuando en la madrugada, sobre la barca, divisó al
Señor en la orilla del Tiberiades y ciñéndose la piel de carnero se
arrojó al mar?

Pero ellos están desnudos
y al erguirse en el risco dibujan la gran incógnita de la existencia que fue
respuesta en Pedro.

Una y otra vez repiten el gesto
como esperando mirar un día al Señor junto a las rocas y ser acogidos en
su desnudez;

¿o tal vez aguardan la mirada de Juan,



Ese hijo de la vigilia, que en medio de la noche da en el blanco que todos
buscaban y nadie veía?

No lo sé,
pero en ellos,
aún inmaduros como nosotros,
en ellos que ávidos se lanzan día tras día del árbol del risco en busca del dios
y al caer se hunden en el misterio sin encontrar reposo,
en ellos quiere dibujarse esa ternura de Pedro que era muestra de su amor.
Pero de sus gestos no emerge plenamente la ternura,
tensos antes del salto, temerosos de perder, de extraviar la caída,
y una vez más vuelven a ascender con el oído puesto en la resaca del dios
y una oscura esperanza que apunta ciegamente hacia el abismo.

Oh, Señor, tómalas,
colócala en tu corazón,
consérvala junto a la plenitud que todavía no nos pertenece



y ahí, en el secreto de lo oculto que el bramido del mar clama,
celebra el intento de los hombres por llegar a ti.

Tal vez de improviso,
en el océano en el que se arrojan,
en ese ningún lado abierto en el risco,
se encuentra el sitio
donde la esperanza trasmuta incomprensiblemente el salto en ternura
y las aguas y su orilla en ese hueco abierto donde la suma de los saltos se
revela en el rostro de tu resurrección que nos acoge.

¿O no es verdad, Señor,
que al concluir el espectáculo,
en la sonrisa de los clavadistas
y la que nosotros le devolvemos desde la orilla
existe ese rostro atesorado desde siempre y aún desconocido por nosotros
y ellos, de tu aparición?



Apocalipsis 1, 12

¿Cuauhnahuac?¹ ¿Qué nombre es ese? ¿Es acaso un sitio?

¿Y ese rumor de viento, como batir de alas de ángel, que barre la avenida
arrastrando un acre olor a diesel y restos de la noche: colillas de cigarro,
latas de Coca-Cola y cerveza, bolsas de celofán, no es Patmos?

¿No estoy entonces en Patmos?

He pasado mi vejez mirando cosas nunca vistas y nombres jamás
escuchados,

¿pero Cuauhnahuac?

¿Alguna vez escuché ese nombre y vi las cosas que ahora veo?

¿Alguna vez estuve en Cuauhnahuac?

¿Es acaso Cuauhnahuac una isla?

¹ Es el antiguo nombre que los tlahuicas dieron a Cuernavaca. Actualmente es una larga avenida poblada de fábricas, cementeras, comercios y burdeles, que conecta a la ciudad de Cuernavaca con el municipio de Jiutepec y con la carretera federal que lleva a Yauhtepec y Cuautla.



Mi destino, de la tumba vacía del Señor a la espera de su regreso, me trajo a
este sitio;
ahí me senté
a la orilla de un terreno baldío,
bajo la enferma lámpara de un poste
y escuché tras de mí la oscura voz como de trompeta, anunciando el triunfo
del día y el horror de las tinieblas a quienes aguardan,
mientras mi anciana memoria revolvía visiones, espantos y los gritos del
Ángel en las profundidades de la Tierra.

Sí, tiene que ser Patmos

Me he vuelto de nuevo para ver a aquel que un día profirió la voz,
pero sólo veo y escucho la tiniebla apenas rasgada por la luz del poste,
las filas de burdeles y fábricas recortadas en la sombra
y el chirriar de goznes y de máquinas;



de los siete candeleros,
nada,
del Hijo del Hombre y su aspecto de Sol,
nada,
de las Iglesias de Éfeso y Esmirna,
nada,
nada del libro de los siete sellos,
nada del Cordero degollado,
nada de las trompetas y los ángeles que las empuñan;
de la mujer envuelta en sol,
nada,
nada de la Bestia ni de sus adoradores,
nada del Harmagedón,
sólo la avenida y el batir del viento que arrastra colillas, bolsas, latas, el olor a
diesel y otros restos de la noche.



¿Es esto Patmos?

¿Acaso nunca estuve en Patmos ni contemplé el Apocalipsis?

Ceñida la cintura en la incipiente yerba,
con la luz de la lámpara sobre mis cabellos,
la mirada de los arrebatados por una visión,
vi lo que vi, aunque ahora no lo vea.

Siempre he estado en Patmos.

Pero tal vez... tal vez,
lo que en fondo guardaba el día del Señor
(tan magnífico entonces parecía en su distancia),
es esta opaca avenida, este Cuauhnahuac
en donde el aleteo del Ángel es sólo el viento que arrastra los desechos de la
noche,



el grito de la Bestia, el resplandor chirriante de las máquinas
y el mundo que se acaba, que se acaba
no con una explosión, sino con un gemido.

Me he levantado y me he puesto a caminar con la ciega muchedumbre hacia
Cañón de Lobos,
hacia allá, donde los burdeles y las tinieblas son más densos,
pensando con tristeza en el postergado día del Señor y su regreso,
hacia Cañón de Lobos, donde el cielo, color de yodo, yace insustancial...
cuando en el pequeño filo, dejado por las sombras, vi un destello,
una leve ondulación de lino,
una espiga de trigo que desciende, desciende
como un día descendió el secreto.

Del libro
VESTIGIOS
2013



Época

Y levantándose partió hacia su padre

LUCAS, 15, 20

I

Intentamos volver
de la ruina volvimos cada noche
de las ciudades intentamos volver
esperamos volver

—bebíamos
bebíamos entonces

gozábamos tus ojos
la oscura lumbre de tus ojos bebíamos—



desde entonces intentamos volver
recordando
esperamos volver cada tarde

a veces reconozco
el aroma del vino de la infancia
el sabor del hogar
el libro abierto
—había siempre un libro
donde entonces bebíamos tus ojos—
desde entonces volvimos
intentamos volver desde las ruinas
de la ciudad volvimos
esperamos volver
recordando tus ojos
rogando por nosotros
rogando por nosotros.



II

En invierno volvimos
mitad atados
medio libres también
regresamos a casa

junto a las flores rotas
entre restos de cena están las migas
los olvidados coros de la noche
perdidos en la juerga

nada hay
nadie hay
donde nos aguardabas
y serviste la cena
sino la larga esclusa de esta noche
y la delgada estría de tu estancia



arrancada a la ausencia
en medio del desastre:

un fragmento de pan
y los restos del vino.

Del libro
TRÍPTICO DEL DESIERTO
2009



La estría en el yermo²

Para Diego

III

Hueco, hueco, hueco,
todo viene del hueco,
la palabra y el cosmos,
la luz y la tiniebla,
los espacios vacíos
y las aguas de arriba y las de abajo,
todo viene del hueco,
las bóvedas del cielo, las lumbreras,
los ciclos de los días, lo viviente,
la uva que fermenta en tu entraña y vuelve con los meses,
todo viene del hueco,

² Véase con relación a este poema T. S. Eliot, canto III de *East Coker*, en *Cuatro cuartetos*.



y del hueco la vida,
la historia y sus prodigios,
el tiempo y el reloj
y tú y yo y nosotros en lenta procesión hacia lo hueco,
porque no hay más que hueco,
porque todo es del hueco y al hueco pertenece,
incluso los banqueros, los saciados de sí,
los que pretenden aumentar un codo a su estatura,
dominar la caída del cabello y dominar su vacío,
distinguidos políticos, señores empresarios,
custodios de la fe en el progreso,
todos vienen del hueco y al hueco se dirigen.

Empobrécete toda, Hija del Hombre,
hasta volverte nada,
porque sólo la nada es la presencia en el tiempo,
porque sólo la nada es la presencia,



porque sólo la nada,
porque sólo.

Así los artesanos van moldeando la arcilla
en la fabricación de una campana,
pero es el hueco quien permite el sonido;
así abrimos ventanas y puertas de una casa,
y es el hueco el que acoge la luz para habitarla.

Empobrécete toda, Hija del Hombre,
hasta hacerte vacío,
porque aquello creado que te asombra
es el hueco de dios que se retira;
porque aquello que ves en Navidad
es la mudez del dios en su palabra;
porque el hueco que miras en la Pascua



es el hueco del dios en su renuncia,
y eso que eres es lo único que eres
y ahí donde no eres es posible la vida.

Y yo, Pitia de Delfos, Virgen Roja, hija de Eckhart,
encerrada en los muros del sanatorio de Ashford,
sibila de tres mundos,
vi, más allá de la *hybris*,
tras de la cruz gamada y el horror de los *lager*,
tras el júbilo atroz de las dominaciones futuras,
vi al dios resplandecer como nada de sí,
como ligero viento en la brisa del alba,
como hueco y estría,
como la suave huella que deja un caminante al bajar la marea,
vi al dios resplandecer en la ausente presencia del secreto
y en la luz que resuena en el silencio.



Empobrecete toda, Hija del Hombre,
y no guardes del dios idea alguna,
porque una idea sería demasiado;
empobrecete toda hasta ser nada
porque sólo en la nada el hueco del amor se hace visible,
porque sólo en la nada el hueco del amor,
porque sólo en la nada,
en el brillo desnudo de la nada.



Dolor

*It's not dark yet
but it's getting there*

BOB DYLAN

III

No recuerdo a qué vine,
el sol quema y no hay sombra,
como si el tiempo, lejos de casa, se hubiera detenido
y no hubiera camino de regreso.

Hay una larga calle que sube serpenteando hacia otra calle
y los ojos no brillan.

Me dijeron que aquel que estaba vivo ha muerto.

No hay agua aquí ni árboles
ni siquiera un vestigio de su paso,



sino calor y cemento,
cables y edificios
y la calle que sube serpenteando hacia otra calle.

Si hubiera un árbol,
si tan sólo un árbol,
me echaría a su sombra a sentir,
pero hay tanto calor
y los pies se me incendian en los zapatos;
si sólo hubiera un árbol en la calle,
si tan sólo una brisa donde mirar su espalda alejándose, alejándose;
si hubiera un árbol,
si tan sólo una brisa
y no el árido y seco serpentear de la calle que lleva hacia otra calle,
si sólo hubiese un árbol,
un signo sobre el tiempo,
un vestigio de hierba, una brisa;



no el espejismo roto donde miran los ojos el vacío,
sino el simple destello de la hierba en la calle
y la brisa que anunciaba su paso,
pero aquí sólo hay calles
y el destello de los días que han extraviado el tiempo.

Aún no ha oscurecido,
pero dicen que aquel que estaba vivo ha muerto

y pronto llegará la noche.

He leído tu carta.

Me escribes que no has hecho el amor desde hace mucho,
pero que hallas tu vientre henchido y habitado como entonces.
Debería bastarme para sentirme alegre y regresar a casa,
pero perdí el camino
y la calle que sube desemboca a otra calle



y el calor es tan seco que los pies no responden al asfalto.
No ha oscurecido aún, María,
pero dicen que aquel que estaba vivo ha muerto
y pronto llegará la noche.

No recuerdo a qué vine
ni qué ciudad es esta entre las calles;
ya no sé a quién esperas en tu vientre vacío;
la calle sube serpenteando
y el viento silba en la iglesia desierta.
No recuerdo a qué vine.
Aún no ha oscurecido,
Pero dicen que pronto llegará la noche.

Del libro
VESTIGIOS
2013



Ya no hay más que decir

Ya no hay más que decir
el mundo ya no es digno de la Palabra
nos la ahogaron adentro
como te asfixiaron
como te desgarraron a ti los pulmones
y el dolor no se me aparta.

sólo pervive el mundo por un puñado de justos
por tu silencio y el mío
Juanelo.

Del libro
EL BAUTISTA
1995



I

Aquella mañana Juan partió al desierto. Hacía meses que el Espíritu de Dios lo empujaba hacia ahí. Pero Juan se había resistido con todo su corazón, con toda su alma y con toda su mente. Durante las noches, cuando el hálito de Dios se aparta de los cuerpos para que suavemente se abandonen al reposo, Juan, como todos los hombres de Judea, entraba en su cuarto, se tendía en su jergón y aguzaba el oído. Afuera y adentro todo estaba en paz, nada se escuchaba ni se movía. Era como si el silencio de Dios pesara sobre el mundo, y el mundo, libre por unas horas de la oración, el trabajo y la fatiga, se abandonara como una enorme bestia bajo la inmensidad del cielo.

A Juan le gustaba ese momento cuya presencia le evocaba la oscuridad del mundo antes de la creación, esa oscuridad donde todo, el bien y el mal, la pasión y la ascesis, el amor y el odio, se mezclaban en un silencio indiferenciado.

Sin embargo, cuando su espíritu ya vacío y pacificado comenzaba a abandonarse en la oscuridad del sueño, escuchaba una voz: “Juan, Juan.



¿Por qué duermes? Despierta, ve al desierto y habla en mi Nombre”. La voz era sorda e inhumana. Retumbaba en sus adentros como el mar contra los peñascos. Una y otra vez volvía sin variar el tono, sañuda, insistente.

Juan entonces se revolvía sobre su jergón como un epiléptico o un endemoniado. Caía y rodaba por el cuarto golpeándose con las paredes, parecía un hombre que luchaba con un monstruo invisible que le aferraba la garganta y le torcía cada una de las extremidades. Su rostro se tornaba como el pergamino. De sus labios amoratados salía espuma y sus ojos se ponían en blanco como si de ellos hubiesen sido arrancados el iris y la pupila.

A veces, cuando lograba desasirse y volver a la vigilia, su rostro congestionado iba de un lado a otro de la habitación buscando al enemigo. Pero adentro y afuera sólo se escuchaba el silencio. Entonces Juan imprecaba: “Ya basta, Dios de Israel. Setenta veces te he dicho que no quiero nada contigo. ¿En qué tono debo decirlo para que te calles y me dejes en paz? ¿No te ha bastado con humillar a tu pueblo, con hacerme estallar en blasfemias, sino que ahora quieres que vaya al desierto, me destroce en su horno y hable por ti? ¿Para qué, para ser la burla de todos, para al final



convertirme en un saco de mocos y humores donde los hombres echan sus pecados y sus desperdicios y termine pudriéndome lejos de todos y abandonado...? ¿No has hecho lo mismo con todos tus profetas? ¿Para qué entonces me quieres? Déjame en paz...”

No bien acababa de maldecir, cuando aquella terrible fuerza que le ataba los miembros, la lengua y los ojos, se apoderaba de él con más violencia. Nuevamente convulsionado, arrojando espumarajos por la boca, su cuerpo rodaba por la habitación haciendo un enorme alboroto.

Cuando esto sucedía, su madre entraba precipitadamente en la habitación, mientras su padre, oculto en la penumbra, contemplaba la escena con asco y cólera.

II

La víspera de la partida de Juan al desierto, Zacarías, sin poder contenerse ante el espectáculo, elevó los ojos al cielo y gritó:



—¡Dios mío, cómo es que tu gran amor juega con las esperanzas de un pueblo! Tú desataste las entrañas viejas y estériles de mi mujer y sembraste en ellas un hijo que sería gloria para Israel. Ataste mi lengua cuando dudé y ahora, cuando este hijo ha crecido, cuando he sacrificado mis últimos años en enseñarle la Ley y los Profetas, todo se desmorona...

—¡Ya basta! —interrumpió Isabel que se hallaba inclinada sobre el cuerpo de su hijo—. Hubiese sido mejor que el ángel nunca desatara tu lengua. Sólo abres la boca para imprecar, violentar y blasfemar... ¿Así oras, así te diriges al Templo? ¿No te apiadas del dolor de tu hijo?

Zacarías gritó:

—No tengo piedad por los que se avergüenzan —y salió de la habitación.

Sola con Juan, Isabel mojó un trapo en agua de rosas. Lo pasó por la frente de su hijo, quien, por toda respuesta, emitió un gemido largo y desgarrador. Después, como si un mazo le hundiera la cabeza, Juan aflojó el cuerpo y se sumió en un profundo sueño. Isabel lo arrastró trabajosamente hasta el jergón. Lo acomodó y salió murmurando una plegaria.



III

Bajo la oscuridad de la noche, Zacarías, con la cabeza entre las manos, cavilaba. Al sentir la presencia de Isabel levantó el rostro. Sus viejos cuerpos, acostumbrados por tantos años a compartir el lecho y la vida, se presintieron en medio de la oscuridad. Isabel, movida por la compasión, se sentó a su lado y le acarició la enmarañada cabellera:

—¿Estás más tranquilo?

Zacarías se dejó hacer. No estaba de humor. Pero el contacto cálido de la mano de su mujer le recordó los tiempos de su juventud y se sintió reconfortado. Luego dijo:

—¿No te das cuenta de la gravedad de la situación?

Isabel le respondió con la mirada. Pero Zacarías no pudo verla a causa de la noche y continuó:

—Estamos viejos, Isabel, prontos a morir y la promesa de Yahvé, la alegría con que hace años llenó esta casa parece una burla que cae no sólo sobre nuestra vejez y nuestra muerte, sino sobre la miseria de Israel. Sabes,



he oído cosas espantosas y he visto otras peores. Esas convulsiones de Juan, esas blasfemias que profiere por las noches, no son nada en comparación con lo que sucede fuera de casa. Hace días lo encontraron frente al Templo de Jerusalén. Sus ojos estaban encendidos como dos carbones y su cuerpo tenso como una catapulta presta a disparar. De pronto, frente a la muchedumbre, comenzó a gritar. Hablaba de la ruina del Templo e imprecaaba contra los fariseos y los doctores de la ley. Gritaba que todos los israelitas moriríamos... Luego, como si arrojara de él a alguien que lo hubiese poseído, se deshizo en llanto exclamando: “No me hagan caso, no he sido yo el que ha hablado, no he sido yo”. Ayer mismo, Isabel, movido por este relato lo seguí de cerca. La noche lo envolvía todo. Pero Juan parecía brillar. No digo que brillara, sino que su cuerpo estaba como abrasado por el fuego. Pasó junto a mí, pero no me vio. Cruzó por las afueras de Jerusalén y se internó en el barrio más impuro, por ese barrio donde los hombres sirven al ídolo y se entregan a las peores abominaciones. A pesar de que al cruzar por ahí yo también me contaminaba, continué siguiéndolo y vi que entraba en un lupanar. Miré a través de una pequeña grieta que había en la pared.



Juan estaba dentro. Su cuerpo parecía una tea encendida y sus ojos, sí, sus ojos, no me habían mentido, llameaban como dos carbones encendidos. Tenso, como un áspid presto a atacar, se irguió. Yo sentí que se contenía, pero que algo más allá de él lo dominaba y que pronto iba a hacerlo estallar. Se hizo el silencio en torno a él. Los que estaban ahí lo miraban como quien mira una aparición o un demonio y empezó a vociferar: “Raza de víboras, así pisotean el cuerpo que les di. Más les valdría vivir con los cerdos que humillar el templo donde moro...” Después la llama que lo envolvía lo abandonó o mejor sería decir que Juan se separó de ella. Entonces, como si saliera de un sueño, volvió a gritar: “Miento, esa voz que escucharon ha mentido, pues el hombre no es servidor, sino libre de creer en lo que quiera, de hacer lo que le plazca. Denme vino”. Un centurión ebrio le sirvió un vaso y se lo alargó. Pero, cuando Juan se lo llevó a los labios, algo, como una enorme e invisible mano, lo arrojó contra el piso y comenzó a revolcarse como hace unos momentos. Algunos se quedaron estupefactos, otros reían; el centurión que le había alargado el vaso se levantó señalándolo y gritó: “He ahí al profeta”. Todos soltaron una carcajada. Entonces una mujer corrió



hasta Juan gritando: “cállense, no ven que este hombre es justo” y el mismo centurión la apartó de un manotazo: “Tú qué sabes de la justicia, ramera” y dirigiéndose a sus compañeros: “Echemos al profeta”. Los romanos que estaban ahí se levantaron y entre risas lo cargaron y lo arrojaron a la calle. De ahí, a pesar de mi cuerpo y de mi edad, lo levanté y lo traje a casa cuando esta mañana nos miraste llegar... ¿Te das cuenta, mujer, de lo que esto significa...? ¿Qué destino le queda a este pueblo? ¿Cuándo se ha visto a un profeta mezclado con semejante casta? Desplomó su cabeza sobre la mesa y lloró. Isabel, llena de compasión, volvió a acariciarlo. Pero esta vez el pasado se mezcló con la realidad para herir el corazón de Zacarías que incorporándose exclamó:

–No sólo me duele Juan, sino tú que estás ciega.

Isabel, sin turbarse, pero con un dejo de tristeza en la voz, respondió:

–¿No crees que yo también sufro al ver a mi hijo resistiéndose a los designios de Yahvé? Sólo que mi dolor, a diferencia del tuyo, es paciente y confiado. ¿Qué sabemos de los caminos y de la justicia de Dios? El bien y el mal están unidos como el hilo blanco y el negro en una trama. No



sabemos de dónde vienen ni a dónde van ni a quién pertenecen. El bueno y el malo participan misteriosamente de la trama del mundo y con toda seguridad esto que ahora nos preocupa y nos alarma desembocará en Dios por caminos que la razón ordinaria o los códigos o la Ley no enseñan...

Zacarías la interrumpió:

–¡Blasfemas!

–No –respondió Isabel levantando la voz–, la blasfemia pertenece a aquellos que se niegan a aceptar lo que es tal y como es, a aquellos que no alcanzan a aceptar la voluntad de Dios y rechazan la paciencia de la espera... Nuestro tiempo, Zacarías, no es el de Dios y si tú quieres penetrarlo, obligarlo a que irrumpa en nuestras vidas, te aseguro que te romperás la cabeza en mil pedazos antes de que un ápice de ese tiempo se cumpla... No mereces lo que el ángel hizo en tu lengua ni lo que Dios en mi vientre.

Zacarías, con una voz en la que la duda se mezclaba con la desesperación y el llanto exclamó:

–Pero entonces todo era una promesa y ahora, cuando la promesa debe cumplirse, ese hijo tuyo...



—No eres ciego —interrumpió Isabel— y sin embargo te comportas como tal. Te fue concedida desde el nacimiento la gracia de la luz; te fueron dadas las Escrituras y los Profetas; se te otorgó el don de ver al ángel y de ser el padre y guardián de un niño sobre el que tú mismo profetizaste que sería la voz del desierto, el precursor, cuando el ángel desató tu lengua. Ayer mismo, Zacarías, fuiste testigo de otra revelación.

Zacarías abrió los ojos como el niño que ante el reproche no acaba de comprender lo que ha hecho e Isabel continuó:

—¿Acabas de narrármelo y no lo sabes? No te basta con haber visto a Juan imposibilitado de beber el vino que pedía para degradarse. La profecía del ángel, a pesar de todo, se cumple. ¿No la recuerdas? Tú, que fuiste el auditor de aquellas palabras, ¿no las recuerdas? Yo, sin embargo, desde el día que las escribiste sobre una tablilla no las he olvidado.

Las palabras de Isabel caían en los oídos de Zacarías como aquella primera vez, cuando en el templo de Jerusalén, a la hora en que disponía el altar del incienso, el ángel se le apareció: “No temas, Zacarías, porque tu plegaria ha sido escuchada e Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo al que le



pondrás por nombre Juan. Será para ti gozo y regocijo, y todos se alegrarán en su nacimiento porque será grande en la presencia del Señor. No beberá vino ni licores y desde el seno de su madre será lleno del Espíritu Santo y a muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor Dios; y caminará delante del Señor en el espíritu y poder de Elías, para reducir los corazones de los padres a los hijos, y los rebeldes a la prudencia de los justos, a fin de preparar al Señor un pueblo bien dispuesto”.

Isabel se sumió en un profundo silencio. Zacarías, volcado ante la evocación en su pozo interior, volvió a vivir aquel tiempo en que el Espíritu de Dios a través del ángel le había aconsejado y se miró dudando ante la revelación; sintió otra vez la violencia con la que el ángel enmudeció su boca. Sintió su lengua dormida y su garganta seca como un pozo abandonado. Se vio salir del Templo mudo y absorto y a la muchedumbre que lo contemplaba asombrada. Volvió a ver a su mujer preñada, y, cuando llegó el tiempo, a sí mismo escribiendo en una tablilla el nombre de Juan, para persuadir a sus familiares de que no le pusieran Zacarías. Sintió otra vez la deliciosa sensación del momento en que su lengua se desató y su garganta se



llenó como un pozo después de la lluvia. Y volvió a mirarse diciendo unas extrañas palabras que bendecían a Dios y declaraban la misión del niño que había nacido y que llevaba cosida a su nombre: “Dios tiene misericordia”.

Un ronquido de Juan lo devolvió a la realidad y Zacarías aguzó la mirada hasta reconocer en la oscuridad la silueta de su mujer. Luego, con el alma repleta de aquellos años, dijo:

–Tienes razón, Isabel, soy un hombre terco. He creído que todo lo que se me dio gratuitamente se me debía y que por lo mismo no tenía la obligación de devolver nada. Y ahora que se me ha pedido no me resigno y blasfemo, con lo cual peco y permanezco en el pecado... Soy un hombre desdichado. Ay, Isabel, si tuviera al menos un poco de fe. Pero tú me conoces, tan pronto acepto como rechazo; por eso el ángel me castigó y ahora esta terrible duda me castiga nuevamente con más dolor y saña. Al oír tus palabras recuerdo el tiempo de la revelación y acepto, pero miro a Juan y dudo.

–Serénate, Zacarías –respondió Isabel–, Juan ahora lucha con Yahvé como antaño Jacob. Dios quiere purgarlo del pecado que nos tiene ciegos.



Esto deberías saberlo tú que eres sacerdote, y no yo, una pobre mujer... Pero Juan, como tú y como todos en general se resiste. No quiere terminar de ser moldeado. Defiende su barro, esa arcilla que se cree libre. Deja que el combate continúe, no intervengas; deja que Dios haga su obra. ¿A ti qué te va?

Zacarías estaba confuso y sin saber qué responder se levantó y salió. Afuera la frescura de la noche hacía menos pesada la oscuridad.

IV

Juan partió al desierto al despuntar el alba. La noche anterior su alma había descendido al punto más oscuro, a ese sitio, próximo a la muerte, donde las imágenes no penetran y sólo habita una dulce y silenciosa tiniebla.

Se despertó muy temprano. Se revolvió en su jergón y con la somnolencia del primer recordar interrogó sus adentros en espera de encontrar un rastro de la voz que todas las noches lo asediaba. Escudriñó



cada palmo de su cerebro y de su alma. Tocó su cuerpo dolorido por la enconada lucha. Pero adentro como afuera no había nada. Terminó de despejarse y sentándose sobre su jergón aspiró profundamente el aire de la mañana. Afuera las estrellas aún brillaban como diamantes sobre un negro y entraba una fresca brisa por la ventana. Olía a olivo y a albahaca. Aspiró varias veces y dejó que el aroma se paseara por su cuerpo. Después comenzó a escuchar el trino de los pájaros; era un canto de salutación al sol que en una o dos horas inundaría la tierra. Estaba contento. Hacía mucho tiempo que ni el aroma ni el trino de los pájaros conmovían su corazón.

“¿Se habrá ido? –pensó– ¡Eh, Dios de Israel!”, gritó interiormente y se puso al acecho. Tensó el cuerpo y aguzó el espíritu, pues conocía muy bien la fuerza del golpe de Dios y no quería que lo tomara por sorpresa. Pero esta vez no sucedió nada. Volvió nuevamente a escudriñar en sus adentros. Su espíritu se encontraba vacío.

Juan permaneció inmóvil un momento. Después se lavó; se vistió con lentitud y salió. En la otra habitación sus padres dormían.

Del libro
EL DESHABITADO
2016



El abismo

1

—Es bueno tenerlos aquí —dijo Estefanía.

Si alguna vez unas palabras tan sencillas lo habían llenado de consuelo fue en ese instante en que, después de repartirles los regalos que Isolda Osorio y él traían para ella y Diego se puso a mirar, bajo la espalda de la catedral recortada en la ventana, el antiguo claustro de la abadía. La certeza de que al fin se encontraban en la calma de ese sitio y de que, en ese lugar, lejano y amado, podían sanar un poco del dolor y de la desgarradura traída por el asesinato de su hijo Juan Francisco y la tragedia humanitaria por la que desde 2006 atravesaba México, lo llenó de una inmensa paz que inmediatamente desapareció tragada por esa sensación de ajenidad que desde entonces lo acosaba. Como le sucedía cuando encontraba un momento de reposo, aquel consuelo se esfumó y



sintió de nuevo el golpe profundo, la sensación precisa de la asfixia, de la negación de la vida.

Poco a poco, mientras dejaba resonar en él las palabras de su hija, la armoniosa serenidad del paisaje se borró y la asfixia se hizo más intensa. El claustro, la catedral, los techos del caserío, las montañas del Isère, incluso las palabras de Estefanía se habían convertido en una especie de sueño, en una ilusión de los sentidos a la que se sobreponía otra: ya no estaba en la abadía de Saint-Antoine, sino en el centro de una nada gris y turbia donde escuchaba resonar una voz que conocía muy bien, una voz amada y, sin embargo, llena de horror; una voz breve y sorda que decía tres palabras: la afirmación que acompaña la desgracia absoluta: “Mataron a Juan”, tres palabras que, con variaciones de nombres, cada víctima escucha y que él no había dejado de oír, con entonaciones diversas, de los labios de cada una de ellas a lo largo de los años terribles en que caminó el país y Estados Unidos para visibilizarlas y abrazarlas.

Respiró hondo y trató como siempre de escapar a esa experiencia que estaba más allá de la aceptación o del rechazo, más allá del pasado



y del presente, en una zona que volvía como la marea sobre una playa y permanecía inasible produciéndole una dolorosa vergüenza sin culpabilidad ni tiempo. Lo logró. Allí estaban de nuevo ante sus ojos la catedral, el claustro, el caserío de Saint-Antoine, y en su oído, las voces de Isolda, de Estefanía y de su nieto que conversaban en el fondo de la habitación.

Cerró los ojos. Permaneció inmóvil unos instantes más mientras percibía debajo de su chamarra el frío que, no obstante la estufa de leña, estaba en su piel, y volvió el rostro para mirarlos. “A pesar de las huellas del sufrimiento –pensó recobrando algo del consuelo que habían traído las palabras de su hija– sus rostros continúan siendo los de la vida.” Si en ese momento, contra aquella experiencia, hubiera tenido que escribir un tratado de ética, lo habría resumido en una sola frase, la misma con la que había intentado vivir durante esos dos últimos años, la misma que algún día escribió Albert Camus en el claustro de los muertos de la Santissima Annunziata: “Sólo conozco un deber, el de amar”.

–¿Te sientes bien? –preguntó Estefanía ante el rescoldo de extrañeza en la mirada de su padre.



–Sí –respondió dirigiendo sus ojos hacia la carita de Diego que le sonreía desde sus cuatro años. Lo tomó en sus brazos y, después de besarlo y subirlo en sus hombros, comenzó a pasearse por la habitación. Estaba seguro, mientras sentía su alegría encima de él, que recordaba los domingos en que al lado de Isolda Osorio lo llevaba a misa por las callejuelas de Acapantzingo, junto a las bardas de adobe del Jardín Botánico.

–Es bueno tenerlos aquí –volvió a decir Estefanía.

La repetición, semejante a un ancla, afianzó en él el alivio del consuelo. Sin embargo, al detener su paseo y volver a mirar a su hija, advirtió en sus rasgos el mismo reproche y la misma angustia para enfrentar la vida que siempre le había conocido y que el asesinato de Juanelo –como llamaba cariñosamente a su hijo– acentuaba de manera brutal.

–Te lo prometí –dijo con suavidad.

–Prométeme ahora que te estarás ya en paz –respondió perentoriamente Estefanía.

No obstante su esfuerzo para mantener la calma y no dejar que la sensación de asfixia lo tomara de nuevo, el tono lo alteró y Estefanía,



apresurándose a tratar de contener lo que creía iba a desencadenar uno más de los duros desencuentros con los que había estado puntuada su relación, agregó:

–No te reprocho nada.

–Nano, ¿te digo algo? –escuchó Sicilia la voz de Diego encima de su cabeza.

–Dime algo, mi amor –respondió y dejó que el asomo de disgusto se diluyera en aquella vocecita que le recordaba la alegría y el desamparo de la infancia.

–¿Jugamos con mis juguetes en mi casa?

La casa de Estefanía era ahora una habitación, al otro extremo del monasterio, de treinta metros cuadrados, un poco más pequeña que la que le habían dado a él y a Isolda, donde hay una cocineta, un lavabo, una pequeña mesa con dos sillas, un clóset y dos tapancos donde están las camas. Con gusto habría aceptado la invitación de su nieto. Tenía ganas de revolcarse con él sobre el suelo; a pesar de que sabía que aquella sensación de ajenidad y vacío lo acechaba para, en los momentos de la



más pura alegría, arrojarlo a esa zona atroz e inasible que llevaba consigo, quería recuperar con él un poco de los días perdidos, darle un espacio a las pequeñas alegrías que la imbecilidad de los hombres les habían arrancado. Pero la voz de Estefanía volvió a resonar:

–Te he dicho que no interrumpas cuando otros están hablando.

El niño guardó silencio. Su abuelo no podía verlo, pero imaginaba que parpadeaba y que miraba a su madre asombrado. Isolda lo tomó en sus brazos, le dijo que ella iría con él y, haciendo un guiño, se lo llevó.

Volvió el rostro hacia su hija sentada en la *chaise longue* –un viejo mueble, frente al comedorcito de madera y la estufa de leña, cubierto con una colcha verde, vieja y raída, cuya presencia contrastaba con la rusticidad de la habitación y su piso de duela–. Hacía casi dos años que no estaban así, solos, uno frente al otro. Tenía miedo de enfrentarla, pero el calor de la estufa de leña, que por fin había invadido su cuerpo, y el apacible destello de los ojos de su hija lo animaron. Se quitó la chamarra y, después de aspirar el aroma a madera quemada, se sentó a su lado. Cuánto la amaba, cuánto le gustaban su pelo naranja y su mirada



azul, cuánto estaba orgulloso de ella, a pesar de las incomprensiones. Se preguntó si se lo había dicho lo suficiente y si ella lo había escuchado y sentido a lo largo de los años. En todo caso no quería repetir esos desencuentros que tanto les dolían.

–Sé, a pesar de lo que me dijiste, que no has dejado de reprochármelo.

–No –afirmó Estefanía–, ya no te lo reprocho. Al principio, cuando todo sucedió, no entendía. Ahora estoy orgullosa de ti. Pero prométeme que ya te estarás en paz. Tenemos ya suficiente dolor..

Se interrumpió. Tomó su llavero y comenzó a retorcerlo. A su padre no le asombró el gesto. Lo conocía de memoria. Varias plumas acabaron destrozadas entre sus dedos cuando, sentados alrededor de su mesa de trabajo, tuvieron que hablar de cosas serias. Le asombró en cambio la manera calma con la que hablaba. Algo en esos dos años, bajo esa abadía, la había excavado. Algo que, al igual que su voz al celebrar su llegada, renovaba su sentimiento de consuelo. Sin embargo –volvió a experimentar cómo la asfixia empujaba en su interior para instalarse de nuevo–, faltaba algo: Juanelo. Cuánto le habría gustado tenerlo junto a ella, como cuando eran



niños, como cuando los llevó por vez primera a una de esas comunidades. Aspiró de nuevo el aroma a leña quemada y acarició su cabello.

–Estaré de otra manera. No sé de cuál, pero estaré.

–No –respondió Estefanía dejando de retorcer el llavero y mirándolo sin parpadear–, no de otra manera, sino en paz. No te quiero muerto a ti también. Esta vez no lo soportaría.

–¡Nadie va a matarme! –respondió su padre apartando con brusquedad la mano de su cabello–. Yo elegí, y tú sabes perfectamente de dónde viene mi elección. No te pido que la compartas. Nunca te lo he pedido. Pero al menos quiero que la comprendas. Eso, lo sabes bien, está asumido por mí y no vine aquí a discutirlo de nuevo. Vinimos a estar contigo y con Diego, a recuperar un poco de la vida que nos mutilaron. Vine también –agregó bajando el tono– a sondear mi alma. Tratemos de que este tiempo sea lo más hermoso que pueda ser. ¿Quieres?

Estefanía volvió a retorcer el llavero. Sin decir palabra lo miró como cuando niña, con una especie de resentimiento, de extrañeza y reprobación, y él sintió el peso de la culpa. A pesar de sus largas luchas interiores y de



la ruptura de todas sus certezas, mil años de catolicismo romano habían dejado un profundo humor tóxico en su alma, y la mirada infantil y severa de su hija le recordó los sucesivos reproches que tanto María del Socorro Ortega, su exmujer, como ella, siempre le hicieron: “Nunca estuviste. Siempre tomaste las causas de todos. ¿Pero escuchaste alguna vez los gritos que te pedían que estuvieras con nosotros?” Ese reproche, escuchado una y otra vez, puntuado por las depresiones y la epilepsia de Cocó, como llamaba a su exmujer, terminaron después de veintisiete años en el divorcio. Ya no le dolía. Sin embargo, delante de la mirada de Estefanía volvió a sentir sus estragos.

–Hablemos después –dijo ella, y levantándose besó dulcemente la mejilla de su padre y salió diciéndole de nuevo: “Es bueno tenerlos aquí”.

Él se levantó también y dirigiéndose otra vez a la ventana posó sus ojos en el jardín del claustro y en la catedral.



El monasterio y la catedral gótica están en la parte alta de Saint-Antoine-l'Abbaye, un poblado al sur de Francia, a dos horas de Lyon y a cuarenta minutos de Valence. Construidos entre los siglos XII y XV, ambos, desproporcionados ahora para el tamaño del pueblo, tuvieron en ese entonces su significado y su sentido. Durante aquellos siglos poblados de lo sagrado, un señor feudal trajo desde Egipto las reliquias de san Antonio Abad. Trasplantada a aquel rincón de Francia, la osamenta del eremita abrió, junto con su tumba, el poder milagroso de la curación. De todas partes de Europa, por los múltiples caminos que llevan a Santiago de Compostela, miles de peregrinos atacados por el ergotismo –“el fuego de san Antonio”, “el fuego del infierno”–llegaban hasta allí en busca de la salud que las microtoxinas del centeno y del trigo les habían devorado y los conducían de las alucinaciones a la gangrena y la muerte.

La enfermedad, el sufrimiento, la fuerza de las reliquias del santo, que no se daban abasto para acoger y sanar tanto dolor, y la compasión levantaron esa inmensa catedral gótica –donde reposan los huesos de



Antonio, atrás del altar—, el monasterio, que custodiaron los benedictinos, y un inmenso hospital administrado por los antoninos.

Fuera de aquellas masas de piedra trabajada no quedaba nada de las multitudes que llegaron buscando la vida en medio de la muerte. El hospital, del que sólo hay unas placas conmemorativas en el centro del pueblo, desapareció con la revolución de 1789; la catedral es sólo un recinto donde en el verano se llevan a cabo conciertos y donde por las mañanas un sacerdote de origen polaco celebra la misa para las mil almas que habitan el pueblo, y el monasterio, abandonado por benedictinos y antoninos, se dividió en tres partes: una para la Iglesia, otra para un museo en cuyo interior se recuerda el esplendor del pueblo y otra para la comunidad del Arca, desde donde él miraba por la ventana.

Aunque era la segunda vez que estaba allí, el Arca y las enseñanzas de su fundador, Lanza del Vasto, el discípulo católico de Gandhi, habían formado parte de su vida. Veintitrés años atrás pasó, con Cócó y sus hijos, una larga temporada en La Borie Noble, el Arca madre, en las mesetas salvajes de la Alta Lenguedoc. En su vida austera, su rechazo al mundo tecnológico,



su trabajo con las manos, su espíritu comunitario y su formación en la no-violencia, él vio siempre una de las únicas salidas a las desmesuras del mundo moderno y sus barbaries.

Cuando volvieron en 1989, se metió en la tarea de fundar una en Oacalco, a veinte kilómetros de Cuernavaca. A pesar de la hectárea y media de terreno que tuvieron, de la panadería artesanal y de una revista, *Ixtus* –lo único que sobrevivió durante quince años–, fracasaron. La extremada juventud de los muchachos que reunió en torno suyo, la inestabilidad de su amigo Georges Voet, que ahora también se encontraba en el Arca de Saint-Antoine-l'Abbaye, la falta de sentido práctico, el miedo a romper con la lógica del mundo y otras cosas que, abrumado por el cúmulo de sensaciones que lo sacudían en ese momento, no quiso recordar, impidieron la realización del sueño. Sin embargo, dos de esos muchachos, María Eugenia Martínez y Jorge Ochoa, se fueron a Francia y, al lado de la sucesora de Lanza del Vasto, Margalida Reus, fundaron el Arca de Saint-Antoine. Gracias a ellos tres, la hija de Sicilia y su nieto encontraron refugio, y él estaba allí de regreso, ahora con Isolda, veintitrés



años después, devastado, sin las ilusiones que lo llevaron por vez primera a La Borie Noble, como una especie de Ulises que intentaba volver del desastre a una Ítaca en busca de una vida que estaba destruida, a pesar de todo lo que había hecho durante esos dos años.

Miró encenderse las luces de la catedral y se sintió como uno de aquellos miles de peregrinos que otrora, famélicos, harapientos, mutilados y atormentados llegaron hasta ese lugar en busca de curación. Sólo que él llegó a destiempo, muchos siglos después, cuando las reliquias de San Antonio perdieron su poder curativo y la vida, que nunca da señales de estar preñada, parió la desgracia y la enquistó en su carne; cuando, sin que se hubiesen dado cuenta, los horrores del nazismo se instalaron en su patria con otros nombres y otros rostros; cuando la muerte de Dios, que es la temperatura del siglo, lo había dejado con ese dolor existencial, sin el remedio que los enfermos medievales encontraron en Saint-Antoine-l'Abbaye.



Isolda abrió la puerta y encendió la lámpara. Se miraron un instante. Ella colocó sobre la mesa un poco de pan, de sopa y de legumbres, que trajo de la cocina común para cenar, y le dijo, refiriéndose a Estefanía y a Diego: “Están bien”. Él le sonrió y, apartándose de la ventana, se sentó frente a ella, del otro lado de la pequeña mesa del comedor. Cenaron en silencio. Sólo se escuchaba el roce de los cubiertos sobre los platos y el crepitar de la madera en la estufa. De cuando en cuando Sicilia miraba los profundos y oscuros ojos de su mujer y dejaba estar en él su amor hecho de un padre que perdió cuando niña, de una hija, Aleida, muerta prematuramente, de un divorcio y de una nueva vida que había empezado junto a él y que el asesinato de Juan Francisco volvió más difícil y dura.

Se levantó y, después de recoger la mesa y lavar los trastes, se desnudó detrás del biombo que divide el pequeño comedor de la cama.

La noche y el frío se habían instalado definitivamente sobre la catedral y el claustro, sobre las calles y las fachadas del caserío, sobre los campos y las montañas del Isère.



Ya tarde, con unos *leggings* que Estefanía le regaló para el frío, después de meter un par de leños en la estufa, de fumarse un cigarro y de contemplar la danza de las llamas en la estufa, cruzó también el biombo y se acostó. Isolda dormía ya, la cara vuelta hacia él, la boca un poco abierta. Al día siguiente había que empezar el trabajo, la dura ascesis. La suave mano de su mujer, abandonada al sueño, le recordó la fragilidad. Colocó la suya sobre la de ella, apagó la luz, cerró los ojos y, como cada noche antes de dormirse, volvió a iniciar su lucha contra la marea, contra la asfixia, contra el horror.



Revisión, registro y catalogación: **Maríel Medina Lugo**
Grabación y edición de audio: **Paola Hernández Samperio**
Realizada el 13 de junio de 2022 en el estudio de Universum. Museo de las Ciencias.

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Cuidado editorial: **Patricia Zama**

Coordinación: **Elsa Botello**

Diseño editorial: **Vicente Rojo Cama**

Formación y edición: **Rocío Mireles**

Portada: **Ángel Octavio Solís Mendoza “Asfalto”**

Ganador de la 2ª convocatoria para ilustrar portadas de la colección de Voz Viva,
publicada en noviembre de 2022.



Indicios de la presencia desierta, de la serie Voz Viva de México (VV - 148) a cargo de la Secretaría de Extensión y Proyectos Digitales de la Coordinación de Difusión Cultural, editado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, se terminó de imprimir el 29 de junio de 2023, en los talleres de Gráfica Premier, S. A. de C. V., 5 de Febrero núm. 2309, colonia San Jerónimo Chichahualco, C. P. 52170, Metepec, Estado de México.

Para su composición se usaron los tipos Garamond (10/15), (6/7), Gill Sans (17/19). El tiro fue de 500 ejemplares impresos en offset, interiores en bond de 90 gramos y forros en cartulina sulfatada de 14 puntos.